



preces

- Por los jóvenes para que profundicen en la experiencia del Dios de Jesucristo y ofrezcan sus vidas generosamente a la misión que Jesús les quiera confiar.

Oremos

- Por los seminaristas y novicios para que el Señor les confirme a lo largo de su proceso de discernimiento el camino donde Él quiere que le sirvan.

Oremos

- Por los jóvenes que viven con vacilaciones ante su futuro para que reconozcan tu llamada y sean sinceros y generosos en su respuesta cristiana.

Oremos

- Por los que han consagrado a ti sus vidas para que su ejemplo de caridad sea semilla y estímulo de nuevas vocaciones.

Oremos

- Por las familias para que en la educación de sus hijos pongan el servicio a Cristo como centro de sus vidas y así infundan la vida como vocación.

Oremos

padre nuestro

Acoge, Señor, estas súplicas que te hemos presentado con fe, por Jesucristo nuestro Señor.



Obligación del Hombre: Orar y Amar

Consideradlo, hijos míos, el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro.

El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre creatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.



Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada.

Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.

Otro beneficio de la oración es que hace que el tiempo transcurre tan aprisa y con tanto deleite, que ni se percibe su duración.

Cuando vamos a casa de cualquier persona, sabemos muy bien para qué vamos. En cambio al ir a orar hay algunos que incluso parece como si le dijeran al buen Dios: «Sólo dos palabras, para deshacerme de ti...» Muchas veces pienso que, cuando venimos a adorar al Señor, obtendríamos todo lo que le pedimos si se lo pidiéramos con una fe muy viva y un corazón muy puro.

(S Juan María Vianney, Santo Cura de Ars)

